

Solemnidad de Pentecostés Misa del Día A2023

Hoy celebramos la fiesta de Pentecostés y la efusión del Espíritu Santo sobre los apóstoles. En la Tradición judía, la fiesta de Pentecostés se celebraba cincuenta días después de la Pascua, como nosotros la celebramos cincuenta días después de la Pascua cristiana.

En la tradición judía, Pentecostés era principalmente una celebración agrícola. Durante las festividades, los israelitas ofrecían a Dios las primicias de la tierra, como manda el Éxodo 34. Posteriormente, Pentecostés se convirtió en la fiesta de conmemoración de la entrega de la Ley, y por tanto, en la fiesta fundacional de Israel como nación, porque sin la Ley ninguna nación puede existir. Estos dos significados del Pentecostés judío, como fiesta de la cosecha y conmemoración de la entrega de la Ley, juegan un papel importante en la comprensión de la celebración cristiana de Pentecostés.

En el Sinaí, cuando se dio la Ley, la montaña ardía en fuego y los relámpagos resplandecían como el humo de un horno. Entonces, Dios habló a los israelitas desde en medio del fuego (Deuteronomio 4). En Jerusalén, el día de Pentecostés, mientras los apóstoles proclamaban a Cristo resucitado a la gente, hubo un ruido como de un fuerte viento que soplaba y lenguas de fuego se posaron sobre cada uno de los apóstoles.

Así, en el relato de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, aparece claramente que no es la Ley de Moisés la que es el fundamento de la comunidad cristiana, sino la nueva ley del Espíritu que Jesús dio a los apóstoles. Además, así como los israelitas consagraban a Dios las primicias de la cosecha, así en Pentecostés en Jerusalén, la gente de todas las naciones y lenguas, judíos y conversos, fueron recibidos en la Iglesia mientras se les anunciaban las maravillas de Dios a través del poder del Espíritu Santo.

La acción del Espíritu Santo es a menudo más invisible que visible. Por eso en los Hechos se describe su presencia en términos de viento y fuego. Como un viento fuerte, el Espíritu Santo puede transformar todo y cada situación para el bien de la Iglesia y de los que creen en nuestro Señor. Como un fuego, el Espíritu Santo puede destruir el pecado y todo lo que nos impide aceptar a Dios y reconocer a Jesús como nuestro Señor. Él puede dar valor y fuerza para dar testimonio de Jesús como sucedió después de la resurrección de nuestro Señor.

El Espíritu Santo es el poder que nuestro Señor usa para mantener a sus discípulos en una buena relación con él y el Padre. Es como la herramienta niveladora que usan los constructores para asegurarse de que las paredes de la casa construida estén rectas. Cualquier constructor que intente construir sin una herramienta de nivel podría estar haciéndolo mal sin saberlo. Por eso dice san Pablo: "Nadie puede decir: Jesús es el Señor", sino por el Espíritu Santo (1 Corintios 12, 3). En otras palabras, el Espíritu Santo es crucial para nuestro crecimiento espiritual. Realmente lo necesitamos para permanecer en el camino correcto que conduce a la salvación y la conexión con nuestro Señor.

Sin embargo, nuestro Señor no fuerza nuestras manos; nos deja libres para andar en sus caminos o hacer las cosas a nuestra manera, sin él. De la misma manera, el Espíritu Santo no actúa automáticamente ni mágicamente en nosotros. Como nadie puede entrar por una puerta que está cerrada; el Espíritu Santo tampoco puede actuar en nosotros si no le abrimos el corazón.

El Espíritu Santo, nuestro Señor y el Padre son uno. Por eso nuestro Señor dice: “(El Espíritu Santo) no hablará por su propia cuenta, sino que hablará lo que oiga, y los anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará, porque tomará de lo mío y los lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso los dije que tomará de lo mío y los lo hará saber” (Juan 16: 13-15).

Hay un solo Espíritu, pero produce diferentes tipos de dones espirituales, diferentes formas de servicio y diferentes tipos de trabajo. San Basilio el grande escribe que, “Como la luz del sol, que impregna toda la atmósfera, extendiéndose sobre la tierra y el mar, y sin embargo, es disfrutada por cada persona como si fuera solo para él, así el Espíritu derrama su gracia en toda su plenitud, suficiente para todos y, sin embargo, está presente como exclusivamente para todos los que pueden recibirlo”. En otras palabras, el Espíritu Santo es como un prisma que refracta una luz produciendo un espectro de diferentes colores de su constituyente: blanco, verde, amarillo, azul, rojo, todos provenientes de la misma fuente.

El Espíritu Santo actúa en los discípulos para hacerlos conformes a nuestro Señor. Llena el corazón de los fieles haciéndolos templo de Dios, hijos e hijas del Padre. Él habita en la Iglesia y opera con su poder en todos los sacramentos de la Iglesia al distribuir la gracia de Dios. Él otorga dones y carismas para el crecimiento de la Iglesia y la santificación del pueblo de Dios. Contribuye a la unidad del pueblo de Dios. Donde él está ausente, la gente se hunde en divisiones, oposiciones y guerras entre sí.

Uno de los dones que da el Espíritu Santo es la paz. La paz es un don mesiánico. Cuando nuestro Señor nació en Belén, los ángeles anunciaron a los pastores la gran noticia de alegría y paz para todo el mundo. La presencia de nuestro Señor es una manifestación de paz. Lo primero que nuestro Señor quiere para cualquiera de nosotros es paz. Por eso, cada vez que aparecía después de su resurrección de entre los muertos, deseaba la paz a sus discípulos, como escuchamos en el Evangelio de hoy.

No hay mayor causa que perturbe nuestra paz de corazón que el pecado. Entonces, comprendemos por qué nuestro Señor une la paz al perdón de los pecados: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar.”

Al dar la orden a sus discípulos de perdonar los pecados, nuestro Señor instituye el sacramento de la confesión. Da a los apóstoles un ministerio para que lo ejerzan en su nombre por el bien de toda la Iglesia. Al dar este sacramento, nuestro Señor viene al rescate de nuestra debilidad para que contemos con la misericordia de Dios. Sin el perdón de Dios en el sacramento de la confesión, estamos perdidos. En el sacramento de la confesión nos reconciamos con nuestro Dios, unos con otros. Dirijámonos a nuestro Señor con fe y pidamos al Padre que perdone nuestros pecados. Pidamos al Señor que nos llene del Espíritu Santo y dirija nuestra vida según su voluntad.

Hechos 2: 1-11; 1 Corintios 12: 3b-7, 12-13; Juan 20: 19-23



Fecha de la Homilía: el 28 de Mayo, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230528homilia.pdf